

La cueva de Las Serpientes. Una representación prehispánica de la bóveda celeste

*Sara Ladrón de Guevara**

El arte rupestre en el Centro de Veracruz ha sido poco estudiado. Seguramente la enorme cantidad de vestigios arqueológicos arquitectónicos, cerámicos y escultóricos correspondientes a etapas prehispánicas han desviado la atención de los estudiosos a esas otras manifestaciones resultando así que, a pesar de la gran cantidad y calidad de nuestros vestigios rupestres —pinturas o petroglifos—, éstos han sido menospreciados.

Como antecedentes de su conocimiento, tenemos algunos trabajos breves de autores como Omar Ruiz Gordillo (1991), Mario Navarrete Hernández (1988) o Alberto Guaraldo (1991).

Cuando fui invitada a participar en el proyecto arqueológico de Puente de Rey, bajo la dirección del maestro Héctor Cuevas, del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, tuve la oportunidad de visitar varios sitios ubicados en el municipio de Puente Nacional, así como dos abrigos rocosos en la misma cuenca del río Pescados en el municipio de Paso de Ovejas. Los primeros son objeto de estudio de la tesis de licenciatura de Sahira Rincón y los últimos fueron descritos por Eva Romero en su trabajo recepcional (2002), ambas egresadas de

la Facultad de Antropología de la citada universidad. Participan también en el proyecto los arqueólogos Maura Ordóñez y Sergio Vásquez. De hecho, este proyecto se ocupa no sólo de las manifestaciones rupestres en la región, sino del estudio de sitios prehispánicos allí ubicados, así como de sitios históricos conocidos a través de documentos y ahora explorados arqueológicamente.

Mi labor en dicho proyecto consistió en el reconocimiento de sitios con pintura rupestre. En términos generales, nos encontramos frente a un complejo que muestra un patrón constante: las pinturas fueron realizadas en abrigos rocosos a lo largo de cañadas de ríos ahora intermitentes.

En todos los casos existen en la cercanía sitios arqueológicos prehispánicos evidentes por los montículos, así como por los restos cerámicos dispersos.

Hoy en día, los abrigos rocosos son conocidos y utilizados por cazadores como refugios temporales en sus jornadas de cacería. Es posible que en tiempos prehispánicos tal fuese el caso, es decir, estos abrigos habrían sido utilizados y decorados por los cazadores de antaño. De hecho, la recurrente representación de animales cuadrúpedos, a veces con líneas que pueden

* Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz. saraldeguevara@aol.com.

representar el flechamiento, y los hombres armados de lanzas, así lo sugieren. Por el momento no tenemos dataciones de las pinturas que nos permitan verificar la contemporaneidad de las mismas con los sitios arqueológicos vecinos. Los restos de materiales arqueológicos en la superficie de los abrigos rocosos son escasos. Actualmente se realizan excavaciones en un abrigo rocoso donde se ha localizado un alineamiento correspondiente a los cimientos de una habitación y se han encontrado allí materiales cerámicos y líticos aparentemente correspondientes al Clásico tardío, a reserva de llevar a cabo su análisis.

Los colores utilizados, que permanecen indelebiles hasta nuestros días, son el blanco y el rojo. Es claro que se trata de pigmentos minerales; éstos debieron haber sido aplicados con algún vehículo, seguramente líquido en el caso del color rojo (dada su evidente aplicación ocasional por aspersión) y acaso oleoso o también líquido en el caso de la pintura blanca, con la que se trazaron a menudo líneas. Hemos registrado sitios donde las pinturas son monocromas y otros donde son bicromas.

Generalmente, aunque no en todos los casos, el rojo se utilizó para realizar círculos o manchas redondas, así como para imprimir huellas de las palmas de las manos en negativo por aspersión y en positivo por impresión. Hemos localizado manos de adultos y de niños, manos extendidas y manos en posturas gestuales acaso codificadas. También hay manos representadas con pintura blanca; este color se utilizó frecuentemente para delinear los círculos, y para llevar a cabo diseños finos aparentemente realizados con los dedos.

Llama la atención la serie de círculos rojos que parecen describir alguna cuenta y se representan en ocasiones en series; los mismos círculos son en otros casos evidente representación de astros, como veremos más adelante.

En cuanto a los diseños, hemos reconocido geométricos, abstractos, esquemáticos y naturalis-

tas. Entre estos últimos destacan los dibujos de animales, a menudo cuadrúpedos; de personajes ataviados con penacho, lanza, escudo, estandarte, alas y pico de ave; y de estructuras arquitectónicas pirámides y chozas o casas-habitación.

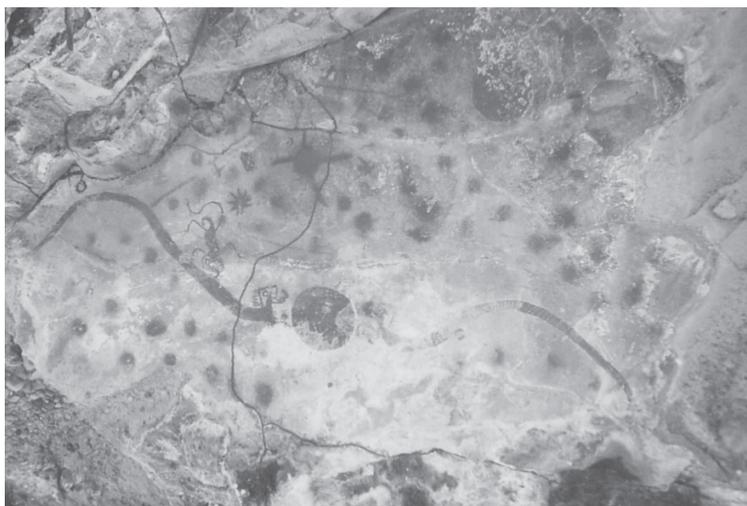
En las cuevas en que hallamos los dos colores se percibe la utilización inicial del color rojo y posteriormente el delineado de las formas rojas con el color blanco. El estilo diferencial de los dos colores hace pensar que en algunos casos se trata de temporalidades distintas, aunque no tenemos por el momento manera de corroborar esta hipótesis.

Se puede observar que procuraban utilizar las paredes lisas de los abrigos rocosos, aunque ocasionalmente algunos abrigos sin estas características y compuestas de conglomerados también fueron pintados aprovechando las rocas que sobresalen.

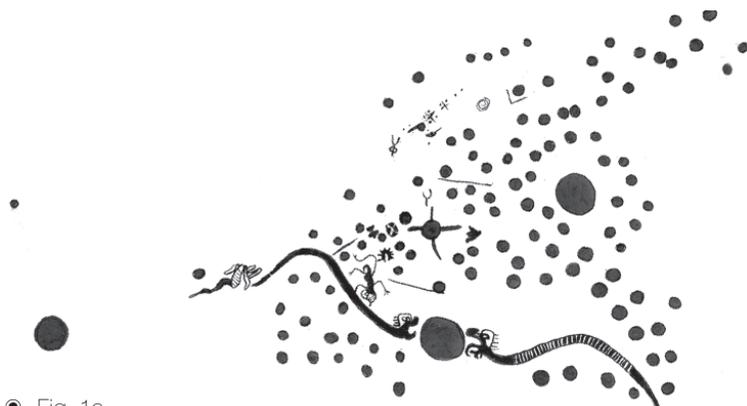
Generalmente, pero con algunas excepciones, las pinturas se hallan a una altura que resulta cómoda para ser pintada por un adulto de pie sin ningún esfuerzo. Entre las excepciones a esta regla se encuentra la cueva —en cuya descripción me detendré en esta ocasión— Las Serpientes (fig. 1).

Esta cueva fue someramente descrita por Mario Navarrete en 1988, aunque la imagen en la que basó su descripción careció de varios elementos importantes como la cabeza de una de las serpientes, varios cuerpos celestes y otros signos. Es probable que haya trabajado sobre una imagen fotográfica, pues *in situ* los detalles se aprecian mejor y son mucho más finos y evidentes.

Esta cueva, localizada a 19° 12" N y 96° 28" W, a una altura de 272 msnm muestra pintura sólo en la bóveda del abrigo y en paredes altas muy cerca del techo. Por su altura (la distancia aproximada del piso al techo es de 7 m), se hace necesario pensar que para su realización se usaron andamios, garrochas o algún aditamento o ayuda especial. En ella se representó la bóveda



● Fig. 1 Cueva de Las Serpientes en Paso de Ovejas, Veracruz (fotografía de Sara Ladrón de Guevara).



● Fig. 1a.

celeste. El borde del techo del abrigo tiene una desviación de 43° NE.

Hemos reconocido:

Al centro de la bóveda, el Sol. Es el círculo rojo de mayor diámetro y su representación se halla en el cenit. Dos serpientes lo rodean: sus cuerpos serpentinos marcan un rumbo de cola a cola de 28° al NE. Efectivamente, como sabemos, en la tradición mesoamericana un par de *xiucoatl* o serpientes de fuego acompañan al Sol en su camino por el cielo. Así, por ejemplo, se encuentra un par de serpientes al pie de la llamada Piedra del Sol.

La forma de serpiente emplumada es fácilmente identificable como tal con Quetzalcóatl, pero

además, en esta imagen tiene en la cola una clara representación de una mazorca de maíz, con lo cual identificamos a la deidad, que de acuerdo con el mito trajo del inframundo el sustento de los hombres. En este caso se trata de dos serpientes gemelas y así, podríamos identificar a la otra serpiente con su gemelo Xólotl. Además, a menudo este personaje fue representado en códices con rayas blancas sobre su cuerpo y esta serpiente del poniente presenta sobre su cuerpo una sucesión de líneas blancas a diferencia del cuerpo de la serpiente del oriente, cuyo cuerpo es completamente rojo.

Quetzalcóatl y Xólotl han sido identificados tradicionalmente con el planeta Venus: a uno le corresponde su aparición matutina y al otro la vespertina. Así, hay una clara asociación de este cuerpo celeste con la salida y la puesta del Sol, pues siendo este planeta de órbita interior a la de la Tierra aparece al alba y al ocaso,

además de elevarse poco sobre el horizonte. Quetzalcóatl y Xólotl son personajes míticamente capaces de entrar y salir del inframundo como lo hacen visiblemente dichos cuerpos celestes.

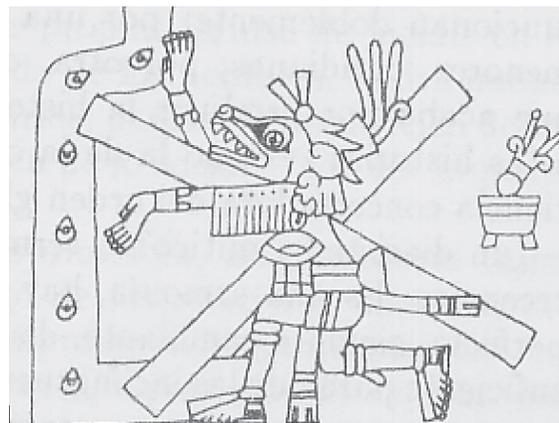
Así, las serpientes —en el caso de nuestra cueva— señalan con claridad el camino del Sol que serpentea entre los solsticios en la eclíptica desde el alba hasta el ocaso en su diario recorrer que culmina cada noche con su viaje al inframundo. Acaso el círculo que se halla aproximadamente en la misma alineación del lado este, sobre una saliente del cornisado del abrigo rocoso, represente al Sol en ese inframundo. Este círculo se halla fuera del espacio que fue utilizado para representar la gran bóveda celeste sin ningún otro signo rodeándolo; es muy similar

en forma y dimensiones al Sol rodeado por las serpientes.

Por otro lado, la serpiente ha sido reconocida en algunos documentos como portadora del ciclo de los días en los códices *Vaticano* y *Borgia* (Torres, 2002: 138), lo que haría alusión al paso del tiempo a través de los cuerpos serpentinos. Así, las sierpes serían el eje del movimiento solar que propicia el transcurrir del tiempo.

Cerca de uno de los cuerpos de las serpientes se encuentra un animal que puede identificarse como un tlacuache. Si bien su cola no se representa larga, sí podemos en cambio reconocer algunas otras características de este animal, tales como el hocico afilado, los dientes puntiagudos y el ojo con la mancha característica sobre el párpado. De esta forma es representado en numerosos ejemplos prehispánicos (fig. 2). Además, este ser se encuentra cercano al cuerpo de la serpiente del este, la misma que como mencionamos trae el maíz en su cola. Según los mitos relativos al tlacuache, este animal es portador de la aurora, roba del otro mundo el maíz, e incluso, de acuerdo con López Austin es clara su asociación con Quetzalcóatl, que aquí estaría representado en el cuerpo de la serpiente a la que toca con su nariz (López Austin, 1990).

En cuanto a los grupos de estrellas representados en la cueva, tenemos que en los *Primeros*

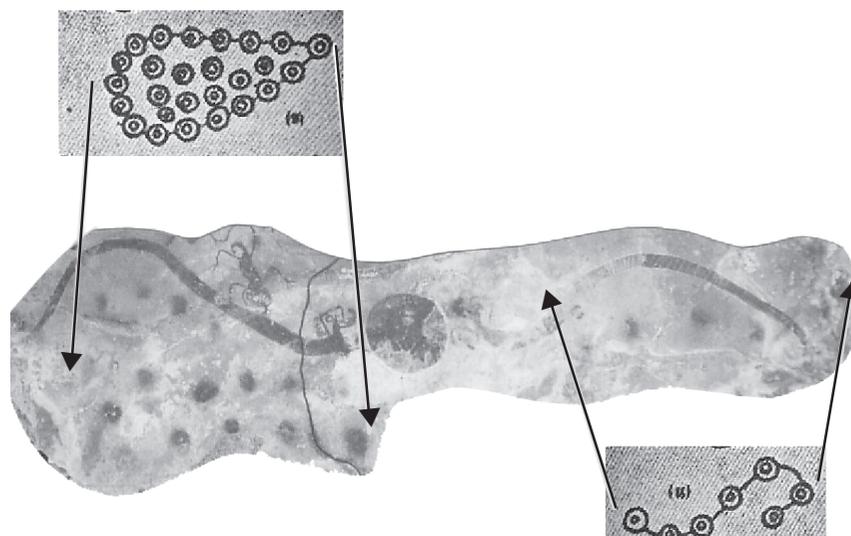


● Fig. 2 Tlacuache en la Lámina LXIII del Códice Fejérváry-Mayer.

memoriales de fray Bernardino de Sahagún, (1993: folios 282 r y v) es posible observar las constelaciones descritas y dibujadas por los informantes aztecas. Allí es probable reconocer la constelación *miec*, hasta ahora consensualmente reconocida por los arqueoastrónomos como las Pléyades. Es notable la similitud de la forma de dicha constelación con el grupo de estrellas representadas al sur del cuerpo de la serpiente del lado este, si bien en el citado códice las constelaciones son representadas no sólo con círculos sino mediante una línea que las une (fig. 3).

Hay que aclarar en esta identificación que aunque la forma es coincidente, no lo es el número de estrellas, pero esto ha sido observado en re-

● Fig. 3 Constelaciones *miec* y *xonecuilli* registradas por Sahagún y similares a las representadas en la cueva de Las Serpientes.



presentaciones de constelaciones hechas por otros grupos indígenas. Así, Köhler (1991) en su revisión y registro de esta constelación de las Pléyades en la concepción de indígenas actuales, concluye que las diversas formas y número de estrellas que usan para representarla obedecen a que “[...] la descripción de la forma general es la meta principal y no el número exacto de estrellas perceptibles” (*ibidem*: 257).

Es posible también que por la forma del agrupamiento de estrellas, que rodean el cuerpo de la serpiente del oeste, éste se identifique con la constelación de Escorpión, llamada *xonecuilli* en el ya mencionado registro que hiciera Sahagún de las constelaciones reconocidas por los aztecas (1993: 282r y v) (fig. 3).

Varios estudiosos han reconocido que “[...] en las latitudes del área mesoamericana [...] las constelaciones de Escorpión y las Pléyades se presentaron, respectivamente, hacia los rumbos poniente y oriente marcando el inicio y fin de la época de lluvias” (Torres, 2002: 136).

Tal sería el caso de la bóveda. Así, las colas de las serpientes señalarían el camino solar en cuyos extremos aparecen al alba y al ocaso las constelaciones de las Pléyades y Escorpión respectivamente, en estas latitudes hacia principios de los meses de mayo y de noviembre. Estos momentos son fundamentales para los agricultores pues marcan de manera precisa el principio y el final de la temporada de lluvias. Esto es coincidente con observaciones de rituales indígenas actuales en cuevas que son de tradición prehispánica y que habitualmente tienen lugar en fechas asociadas a rituales agrícolas (Villela, 1999: 269).

Con el apoyo de Stanislaw Iwaniszewski y utilizando el programa *Lode Star*, se revisó en computadora el cielo correspondiente a las coordenadas del sitio hacia el año 800 de nuestra era. Pudimos reconocer que a principios de junio las Pléyades aparecieron en el este al amanecer, mientras desaparece Escorpión en el oeste y es-

to anuncia la llegada de las lluvias. Pero no se logra ver en este cielo a las dos constelaciones simultáneamente, lo que nos permite apreciar esta representación de la bóveda celeste no como una foto fija, sino como un concepto representado donde hay rumbos y también hay movimiento, de manera que vemos un mapa celeste dinámico, no estático, lo que correspondería a una forma de representación no coincidente con las occidentales, pues introduce la movilidad de los cuerpos celestes a través del eje formado por los cuerpos de las serpientes.

Llaman la atención, también, varios diseños de cuerpos celestes que bien pueden relacionarse con signos de planetas. Tal es el caso de Venus que vemos representado con la forma característica de una media estrella con puntas, abierta en uno de sus lados, y el de un cuadrángulo atravesado por una cruz que bien podría identificarse con Marte, si aceptamos la identificación de los murales de Bonampak que hicieron Freidle, Schele y Parker (1999) quienes a su vez retomaron los trabajos de Mary Miller y Floyd Lounsbury (*ibidem*: 76). Allí observamos que el cartucho asociado con Marte muestra un par de cuadretes cruzados similares al de nuestra cueva. Sin embargo, estas identificaciones no son por el momento concluyentes. Solamente sirven para reconocer la evidente codificación de las representaciones de los cuerpos celestes.

Además del Sol hay otros tres círculos grandes. Hemos mencionado ya a uno de ellos que se encuentra aislado, en una pequeña saliente al mismo nivel que nuestra bóveda y hacia el este. Seguiría de alguna manera el camino señalado por los cuerpos de las serpientes. Otro es un poco menor en diámetro y está cruzado por líneas que forman un cuadrante de cuatro rayos. El último está al noroeste del Sol y es casi del mismo diámetro. Al igual que el círculo que hemos identificado como el Sol, está delineado con color blanco.

De hecho, el color blanco sólo aparece en el mural rodeando a los círculos y al cuerpo de la

serpiente oeste, rayando el cuerpo de esta misma y en la cruz dentro del cuadro que hemos identificado como Marte. El resto de los diseños es de color rojo.

Es posible que las líneas rojas que se observan en varias partes de la bóveda representen estrellas fugaces o aerolitos, y que han sido identificados (Köhler, 1991: 262-263) como la llamada *citlalin tlamina*, “estrella que tira flecha”, dibujada también en los *Primeros Memoriales* (Sahagún, 1993: 282 r). Pero hay que subrayar que dos de estos diseños siguen aproximadamente paralelas al alineamiento de los cuerpos de las serpientes.

Hay otros signos representados en la bóveda: una espiral, un quince, un signo similar al del día calli y un personaje esquematizado.

Como señalamos en un principio, este abrigo rocoso no es un ejemplar aislado, corresponde a un complejo asociado a condiciones geográficas geológicas particulares: se halla en los abrigos rocosos formados en las cañadas de ríos hoy intermitentes. Se asocia también a sitios arqueológicos cercanos. Es posible que mientras dichos sitios eran habitados por grupos agricultores sedentarios, los cazadores —miembros de estos grupos—, ocupasen los abrigos como refugios durante sus excursiones y ocasionalmente establecieran allí, incluso, habitaciones. Sin embargo, aunque coherente con este complejo de abrigos rocosos decorados, la cueva de Las Serpientes aquí descrita es particular: el conjunto pictórico hallado en su techo parece haber sido resultado de una concepción previa. Es claro que el resultado hoy apreciable fue previamente planeado. Así, las imágenes están distribuidas de manera equilibrada en todo el espacio de la bóveda. Además, con lo dicho anteriormente, reconocemos una concepción cosmológica plasmada de manera pictórica. Mientras que en el resto de los abrigos rocosos con pinturas rupestres registrados hasta el momento, los diseños están a menudo desarticulados, separados y disociados entre sí, esta cueva presenta un

enorme mural concebido como un todo articulado y congruente en sí mismo.

Por lo anterior, reconocemos el posible uso de éste —y quizás otros abrigos— para la realización de rituales, dado el muy conocido y complejo simbolismo de las cuevas en la tradición mesoamericana. Éste es entonces un espacio que pudo servir a actividades tanto profanas como sagradas dependiendo de los tiempos marcados por los calendarios agrícola y ritual conocidos en el área.

El proyecto que se desarrolla actualmente en la región por arqueólogos de la Universidad Veracruzana habrá de ampliar paulatinamente la información sobre éstas y otras manifestaciones gráfico-rupestres hasta hoy poco conocidas.

Bibliografía

- Barba de Piña Chán, Beatriz
2002. *Iconografía Mexicana III. Las representaciones de los astros*, México, INAH-Plaza y Valdés (Serie Arqueología, núm. 442).
- Broda, Johanna, S. Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.)
1991. *Arqueoastronomía y Etnoastronomía, en Mesoamérica*, México, UNAM.
- Freidel, David, Linda Schele y Joy Parker
1999. [1993] *El cosmos maya. Tres mil años por la senda de los chamanes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- González Torres, Yólotl
2002. “Xólotl y Quetzalcóatl”, en Barba de Piña, Beatriz, *Iconografía Mexicana III. Las representaciones de los astros*, México, INAH-Plaza y Valdés, (Serie Arqueología, núm. 442).
- Guaraldo, Alberto
1991. “Los grabados rupestres de la cuenca del arroyo grande (Vega de Alatorre, Veracruz): descripción e hipótesis interpretativas”, *La Palabra y el Hombre*, núm. 80, Xalapa, Universidad Veracruzana, octubre-diciembre 1991, pp.167-184.

- Köhler, Ulrich
1991. “Conocimientos astronómicos de indígenas contemporáneos y su contribución para identificar constelaciones aztecas”, en Broda, Johanna *et al.* (eds.), *Arqueoastronomía y Etnoastronomías, en Mesoamérica*, México, UNAM, pp. 249-265.
- López Austin, Alfredo
1990. *Los mitos del tlacuache*, México, Alianza Editorial Mexicana.
- Navarrete Hernández, Mario
1988. “Mural en la comunidad de Bandera de Juárez”, *La Palabra y el Hombre*, núm. 65, Xalapa, Universidad Veracruzana, enero-marzo, pp.126-129.
- Rodríguez-Shadow, Ma. de Jesús y Beatriz Barba de Piña Chán (coords.)
1999. *Chalchihuite, Homenaje a Doris Heyden*, México, INAH (Científica, núm. 387).
- Romero Ortíz, Eva
2002. “Catálogo de pinturas rupestres en el municipio de Paso de Ovejas, Veracruz”, trabajo práctico científico para obtener el título de licenciado en Antropología, Xalapa, Ver., Universidad Veracruzana.
- Ruiz Gordillo, Omar
1991. *Miscelánea veracruzana*, México, INAH, (Cuaderno de trabajo: 8).
- Sahagún, fray Bernardino de
1993. *Primeros memoriales*, Facsimile Edition, Norman Oklahoma y Madrid, University of Oklahoma, Patrimonio Nacional y Real Academia de la Historia.
- Torres Rodríguez, Alfonso
2002. “El escorpión celeste: un marcador del inicio y fin de la época de lluvias en Mesoamérica”, en Barba de Piña Chán, Beatriz (coord.), *Iconografía Mexicana III. Las representaciones de los astros*, México, INAH-Plaza y Valdés (Serie Arqueología, núm. 442), pp. 115-158.
- Villela F., Samuel
1999. “Ritos en cuevas en Chilapa, Guerrero”, en Ma. de Jesús Rodríguez-Shadow y Beatriz Barba de Piña Chán (coords.), *Chalchihuite, Homenaje a Doris Heyden*, México, INAH (Científica, núm. 387).

